

CLAVIJERO, Francisco J.

El gran historiador mexicano D. Francisco Javier Clavijero, nació en la ciudad de Veracruz el 9 de Setiembre de 1731, y fué hijo de D. Blas Clavijero, literato español que hizo su educación en Paris, y de D^a Francisca Echeagaray, quienes le proporcionaron una educación sumamente esmerada.

Estudió el idioma latino y las bellas letras en el colegio de San Gerónimo de Puebla, y filosofía y teología en el de San Ignacio de la misma ciudad. Su padre le había instruido en el francés y otros idiomas europeos, y bajo la dirección de un jesuita alemán aprendió el griego y el hebreo. Posteriormente adquirió el conocimiento del mexicano, el otomí, el mixteco y otros idiomas indígenas, habiendo llegado á escribir en veinte de ellos una colección de oraciones y varias poesías. Para completar su educación, su propia madre le instruyó en la música.

El 13 de Febrero de 1748, es decir, cuando contaba diez y siete años de edad, entró Clavijero al noviciado de los jesuitas en Tepotzotlan, poseyendo ya vastos conocimientos científicos y literarios. Tres años después se hallaba en el colegio de la Compañía en Puebla, estudiando la filosofía moderna, privada y aun secretamente, porque, como dice Beristain, *entre los jesuitas de México se miraba todavía á la mitad del Siglo XVIII como peligrosa á la pureza de la religión la lectura de tales libros*. Refiriéndose á este mismo punto, dice uno de sus biógrafos: "Como el estudio de la filosofía moderna se estimase peligroso á las verdades reveladas, nuestro Clavijero, arrostrando con esa preocupación, no sólo devoró las obras de Descartes, Leibnitz, Newton y otros, sino que nombrado prefecto de estudios del colegio de San Ildefonso, y sintiéndose violento con que se enseñase por la rutina practicada hasta entónces, lo representó francamente al padre provincial, y como estos regulares jamás aplicaban á sus súbditos á oficios opuestos á su inclinación, le relevó

diciéndole: "Tienes razón en cuanto expones, pero no es tiempo de hacer novedades: yo te relevo del empleo para que no violes tus sentimientos, ni atormentes tu conciencia."

Después de este suceso, Clavijero fué destinado como profesor á los colegios de Valladolid (hoy Morelia) y Guadalajara, en donde atacó los errores de la filosofía peripatética y dictó á sus discípulos unas lecciones de filosofía más racional, lecciones que merecieron la aprobación del provincial visitador.

Los estudios arqueológicos del sábio mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, de quien en su lugar hablaremos, leídos por Clavijero en el colegio de San Pedro y San Pablo, así como las pinturas antiguas y manuscritos que en la biblioteca de aquel colegio pudo consultar, despertaron en él el gusto por el estudio de la historia patria, ramo en que llegó á conquistar la gloria que circunda su nombre.

Desterrado como todos los demás jesuitas en 1767, pasó á Italia y se estableció en Ferrara, donde le franqueó su casa y biblioteca el ilustrado conde Aquiles Crispo. Trasladóse después á Bolonia y allí fundó una academia literaria para la que invitó á sus compañeros de destierro y á otros hombres instruidos, academia que llegó á merecer de los italianos el renombre de *Casa de sabiduría*. Por esa misma época, nuestro compatriota, que poseía un gran acopio de noticias sobre nuestra antigua historia, adquiridas aquí y en el extranjero, se dedicó á escribir su magnífica *Storia antica del Mezcico*, que dedicó el 13 de Junio de 1780 á la Universidad de México, y que no pudo imprimir en español. Resolvióse á darla á la estampa en italiano, impulsado por el deseo de que sirviese para refutar las estúpidas difamaciones del prusiano Paw. Espléndida fué la acogida que obtuvo el libro de Clavijero; prodigáronle entusiastas elogios los periódicos de Roma, Florencia y Paris, y se apresuraron á publicarla en diversos idiomas europeos.

La mayoría de los mexicanos no pudo conocer el magnífico libro de Clavijero, sino después de consumada la independencia, en la traducción del sábio D. José Joaquín de Mora. El Sr. Navarro publicó más tarde otra traducción, debida á la pluma de

D. Manuel Troncolo y Buenvecino, con notas eruditas del obispo de Puebla, Sr. Vazquez, segun veremos en la biografía de tan esclarecido prelado.

Para que el lector conozca hasta dónde poseía Clavijero la modestia que es propia de los hombres de verdadero mérito, vamos á copiar en seguida las palabras con que comienza el prefacio:

“La historia de México, que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable á que me hallaba condenado, para servir á mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen y para reponer en su esplendor á la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gastos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que habia leído durante mi mansion en México y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podria añadir, para acreditar mi celo, los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana y el trato que he tenido con los mismos mexicanos, cuya historia escribo. No me lisonjeo, sin embargo, de haber hecho una obra perfecta; pues además de hallarme destituido de las dotes de ingenio, juicio y elocuencia que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son obstáculos insuperables para el que se dedique á semejante trabajo, sobre todo lejos de aquellos países. Sin embargo, yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la belleza de las descripciones, por la gravedad de las

sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos, sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narracion, por la naturalidad del estilo y por el servicio que hago á los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunidos en esta obra lo más precioso que se halla esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

“Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por fin principal de mi trabajo, escribí desde luego mi historia en español: inducido despues por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traduccion; así que, si algunos sujetos tuvieron la bondad de creermé digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme.”

Está universalmente reconocido el mérito de la obra clásica de Clavijero, y ésto nos ahorra el trabajo de citar autoridades que vengan á demostrar lo justificados que son los elogios que le tributamos. No podemos, sin embargo, resistir al deseo de reproducir la opinion de Prescott. “El plan de su obra, dice, comprende casi tanto como la de su predecesor Torquemada; pero la suma destreza con que manejó su complicado objeto, da á conocer el período posterior y más culto en que la escribió y en las luminosas discusiones que contiene el tomo último, ha hecho mucho para rectificar la cronología y las varias inexactitudes de los escritores que le precedieron. El objeto manifiesto de su obra es el de vindicar á sus compatriotas de las inculpaciones de Robertson, Raynal y De Paw que él concebía ser falsas, y con respecto á estos últimos lo consiguió completamente. Tan ostensible designio podia sugerir una idea desfavorable de su imparcialidad, pero en el conjunto de la obra parece haber conducido la discusion con buena fé; y si llevado de su celo nacional ha recargado la pintura con brillantes colores, se le hallará más moderado en esta línea, que los que le han precedido, al paso que aplica juiciosos principios de crítica, de que aquellos eran incapaces. En una palabra, el esmero de sus investigaciones ha reunido en un solo foco las luces esparcidas de la tradi-

cion y de las antiguas doctrinas, purificadas en gran manera de las nieblas de la supersticion, que oscurecen las mejores obras de las épocas anteriores."

Tambien escribió Clavijero una "*Historia de la Baja California*," en italiano como la de México, y que mas tarde fué traducida al español por D. Nicolás García de San Vicente.

El 2 de Abril de 1787 murió Clavijero en Bolonia. Cuando en México se acostumbre honrar debidamente á los grandes hombres que han consagrado su inteligencia á la patria, un monumento grandioso perpetuará la memoria del primero de nuestros historiadores, costeará el Estado una edicion de sus obras, digna de tan esclarecido escritor, y desaparecerá el busto mezquino colocado en una de las pilastras del enverjado de la Biblioteca Nacional; que no es así como debe tributarse un homenaje al que ántes que otro contribuyó á desvanecer los errores divulgados en el extranjero con respecto á nuestra patria, por escritores apasionados.

CISNEROS, José A.

Como poeta, como político y como magistrado, D. José Antonio Cisneros ocupó un lugar prominente en su patria, y su nombre, por lo mismo, está ligado íntimamente á la historia de la península yucateca. Procuraremos ser concisos para no cansar al lector, á pesar de que la vida de este ciudadano ofrece al biógrafo ancho campo, como ofrecen sus obras abundante materia al crítico.

Nació en la ciudad de Mérida el dia 20 de Febrero de 1826, y en la misma ciudad hizo sus estudios y se recibió de abogado.

Diversos cargos públicos fueron desempeñados por él con acierto, como los de diputado al Congreso del Estado, al de la Union, consejero de gobierno y magistrado de circuito. Fué

tambien catedrático de jurisprudencia, cánones y economía política.

Cómo dijo muy acertadamente uno de sus biógrafos, si la literatura hubiera sido entre nosotros una profesion, Cisneros habria consagrado á ella sus brillantes disposiciones intelectuales; pero puesto en la perentoria necesidad de adoptar una carrera productiva, optó por la del foro. Esta no fué, sin embargo, un obtáculo para que dejase de cultivar con empeño las bellas letras, y así, á más de numerosas poesías de diversos géneros, débensele los dramas: "Diego el mulato," "Mercedes," "Del vicio al crimen" y "La mano de Dios;" las comedias: "El cuarto con dos camas," "La muestra del paño," "A Chan Santa Cruz," "Matar el gato," y la zarzuela: "Por huir del fuego."

Cisneros fué el primer yucateco que se dedicó al cultivo de la literatura dramática, y por una rara coincidencia García Gutiérrez, el primer autor español coronado en Madrid, coronó al primer autor yucateco, en Mérida. En sus últimas producciones para el teatro llevó á cabo la supresion de los monólogos y apartes, inaugurando una reforma en la escena, verdadera reforma que varios críticos le censuraron, y sobre la cual podriamos decir mucho, si la ocasion fuese oportuna.

Cisneros en sus poesías líricas tiende mas bien al clasicismo. No hay en ellas pensamientos que arrebatan ni fraseología, ni arranques atrevidos. En cambio es sentida, dulce y melancólica. Es, como atinadamente dijo Sanchez Mármol, el modesto y manso arroyuelo que se desliza sobre un lecho de musgo; pero en cuyo fondo se reflejan las bellezas de la ribera y del firmamento.

Las últimas poesías que Cisneros publicó con el título de "Quimeras" son profundamente filosóficas. Las verdades que encierran no son amargas como las de Campoamor en sus "Doloras."

Para el genio satírico poseía Cisneros facultades tan excelentes, que no vacilamos en afirmar que ningun otro de sus compatriotas le cultivó con más feliz éxito, hasta merecer que alguien afirmase que sus producciones de ese género eran dignas de Quevedo.

Dado á conocer como poeta, véamos cuál fué su carrera política, y al efecto nos valdremos de lo que en su elogio fúnebre dijo el Sr. Sanchez Tirado. "Cisneros, dice, fué una de las grandes figuras que se distinguieron en la lucha de las ideas; y en las épocas de prueba á que vivió sometido, siguió inflexible por la senda que desde su juventud se trazara, revelando así una energía de carácter que le enalteció tanto como sus prendas personales.

"En los días aciagos para la patria, cuando antiguos usos y costumbres, en lucha con los adelantos del espíritu, dividieron á los mexicanos, y sordos á la voz de la razon, empuñaron las armas para probar la fuerza de su derecho, marcando así las dos épocas memorables de la guerra de Reforma y de la Intervencion extranjera; entónces Cisneros no vaciló en acudir á ocupar su puesto en el bando que le correspondia: su partido era el de la democracia y con él combatió hasta obtener su triunfo. Así es, que al terminar la revolucion del plan de Ayutla, fué electo diputado al primer Congreso Constitucional, encontrándose en la capital de la República cuando el golpe de Estado, dado por el general Ignacio Comonfort. Este hecho, deplorable por mil conceptos, excitó en alto grado la indignacion de los miembros de la Cámara legislativa; y Cisneros, uno de ellos, enfermo de una pulmonía aguda, abandonó su lecho para unirse á los que se mantuvieron en actitud enérgica, frente al atentado cometido contra la soberanía de la nacion, siendo obra suya la protesta que por aquellos dias circuló en la capital contra los actos del general Comonfort. Como consecuencia de esta actividad en que entró, quedó sellado desde entónces con la mano de la muerte, pues su enfermedad se tornó de aguda en crónica, y la tísia se apoderó de su organismo, para ir consumiendo lentamente una vida tan cara para la sociedad y para la patria.

"Pasada esa época de transicion por que atravesó el país desde el golpe de Estado hasta constituirse el gobierno del ilustre Juarez, Cisneros continuó siendo en la prensa uno de los apoyos más firmes de los principios democráticos; y entregado á esta vida de estudio y de enseñanza, le sorprendió la funesta in-

tervencion extranjera, que una pequeña fraccion de mexicanos trajo á nuestro suelo. Fué preciso volver á la lucha, y de nuevo ocupó su puesto entre los defensores de la soberanía nacional, sufriendo las persecuciones de que eran víctimas en aquel tiempo los que pugnaban con el gobierno establecido al amparo de las tropas francesas; y entónces, cuando se consideró un crimen el patriotismo, Cisneros fué un patriota; entónces, cuando se consideró un delito punible el cumplimiento del deber, Cisneros supo llenar sus obligaciones: él fué quien mantuvo una activa correspondencia con los hombres que, dirigiéndose hácia el Norte, llevaban como depósito sagrado el poder del pueblo y el decoro nacional; él quien con ánimo fuerte alentaba á los que se sentian faltos de esperanza, manteniendo así vivo en sus corazones el santo amor á la libertad: él quien hizo comprender al pueblo toda la desgracia que sobre él pesaba al soportar la dominacion de un gobierno extranjero que, sembrando de cadáveres nuestros campos, nos obligaba á aceptar una forma de gobierno que pugnaba con nuestras costumbres y nuestro modo de ser político: él en fin, fué uno de los que prestaron su importante cooperacion al benemérito general Manuel Zepeda y Peraza, para conseguir en Yucatan el completo triunfo de las armas de la República.

"Restablecido el orden constitucional en el país, comprendió que sus trabajos en la causa que con tanto ardor habia venido defendiendo, debian tomar otra direccion; y así lo hizo en efecto, encaminando sus esfuerzos á preparar un porvenir que, fundado en la ilustracion de las masas, hiciera firmes é imperecederas las instituciones democráticas.

"La creacion del Instituto Literario del Estado fué la realizacion de su pensamiento; y como una honra justa y merecida, fué nombrado presidente del primer Consejo de Instruccion Pública, en cuyo puesto prestó importantes servicios á la juventud, dando su particular predileccion al mencionado plantel, de cuyas aulas salen hoy hombres útiles á la sociedad y amantes á su patria."

Pero para que el lector conozca lo que Cisneros valia, es pre-

ciso que cedamos la palabra á Justo Sierra. Imposible seria trazar un cuadro más hermoso y más completo. "La vida de Cisneros, dice, ligada casi desde su niñez al período más agitado de la vida política de Yucatan, es la encarnacion noble y altiva de las aspiraciones de aquel pueblo dotado de tan admirables cualidades para labrarse la prosperidad por el trabajo y que ha sabido á fuerza de labor y de fé, sobreponerse á la adversidad y á la desdicha.

"Empezó, estudiante aún, á darse á conocer por un drama lleno de calor, tomado de una leyenda de piratas escrita por mi padre, y sus versos palpitantes de entusiasmo y de sentimiento, en la muerte de Luis Aznar, atrajeron sobre él todas las miradas. A poco, dejó la pluma, y su gran corazon, y su amor por la patria, le llevaron á las filas de los batallones heróicos que han dejado una oscura, pero sublime historia en la sangrienta reconquista del suelo de la península de que estaban enseñoreados los salvajes.

"Al salir de aquella lucha, á propósito para templar los corazones y reconfortar las almas en el amor viril, aunque triste y casi desesperado, de aquella patria trocada en campo santo, y que era preciso regenerar paciente y laboriosamente, Cisneros buscó en las ideas liberales el secreto de esa regeneracion.

"Entra entónces su vida en una base agitadísima de inquietudes constantes y de intensos sufrimientos, que no cesaron sino á medias cuando pasada la lucha con el imperio, las olas depositaron en las playas de la República restaurada aquel resto del gran naufragio político. En este camino de amarguras habia perdido amigos, salud; habia perdido, sobre todo, al ángel que cuidaba de su honrado hogar, santa mujer cuya figura doliente y dulce conservo grabada entre los recuerdos más suaves de mi primera edad.

"Mientras así vivia y así sufría, Cisneros sabia mantener vivo el culto por lo bello entre la juventud yucateca. En su rededor, como un tiempo al rededor de los Calero Quintana y de los Sierra, se habia formado un grupo de entusiastas por la poesía, por el arte, por la ciencia, y Cisneros, filósofo, jurisconsul-

to, poeta, y sobre todo, amigo apasionado de las ideas progresistas, tenia para todos una palabra de estímulo y de afecto. Durante las pocas horas de calma que le dejaban sus males físicos implacables, sus estudios ó sus preocupaciones políticas hondas y vivaces como nunca, Cisneros trazaba algunas lecciones de moral elevadísima en forma de dramas, acogidos con verdadero amor por la juventud y en los que la severidad y la nobleza de la enseñanza, dañan un poco quizá el mérito dramático, bajo el punto de vista del arte puro.

"Eso es lo que era Cisneros en el fondo, un moralista. Al través de la literatura, de la política, de la ciencia, lo que ese hombre perseguía, era la verdad. Declaró guerra á muerte á todo lo que creía mentira, preocupacion hipócrita, vicio, y como él no sabia hacer nada á medias, su palabra armada con todas las flechas del sarcasmo y de la ira, iba cruel é impasible causando heridas dolorosas y exponiendo sin cesar á la venganza y al ultraje al que la lanzaba. Jamas se arredró por eso, jamas hemos visto palabra más acerada puesta al servicio de un corazon más valiente y más accesible á la indignacion, ni inteligencia más abierta, subyugada más francamente á los impulsos del corazon.

"Era un gran espíritu que minaba sin cesar á un cuerpo endeble y que acababa con la vitalidad física puesta en proporcion inversa con la vitalidad intelectual. ¡Qué luchador, Dios mio! Yo seguía desde aquí con miedo y con curiosidad vivísima aquella batalla que se habia concentrado en los últimos años en el campo religioso. Libre pensador y espiritualista profundamente convencido; Cisneros educada en la escuela filosófica del siglo pasado, modificada por el liberanismo ardiente de los filósofos de la gran generacion de los Guizot y de los Cousin, se habia trazado una labor ingrata y dura sobre todo en Yucatan, donde un clero bueno, humilde y pobre, no da márgen á acusaciones personales que siempre han sido un arma tan terrible en manos de los enemigos del catolicismo.

"El creía cumplir así con un deber y cuando la conciencia marcaba una línea de conducta á aquel guerrero de las ideas, nada ni nadie era capaz de desviarlo de ella."

En una de sus mejores poesías dijo Cisneros.

“Merezca de mi patria una mirada
Y tórnese á la nada
La mísera existencia que me anima.”

Esta frase inspirada por el más noble y santo patriotismo, revela lo que Cisneros valia y lo que á su memoria deben los yucatecos.

Cisneros tomó parte en la redaccion de diversos periódicos políticos y literarios.

El dia 3 de Diciembre de 1880 fació este distinguido ciudadano, y se le tributaron los homenajes á que con sus obras se hizo acreedor.

Por fortuna, el vacío que Cisneros dejó en el parnaso fué llenado desde luego por un hijo suyo que lleva el mismo nombre, y que á pesar de ser muy jóven todavía, ocupa ya un lugar distinguidísimo en la república de las letras, como poeta lírico y dramático.

COMONFORT, Ignacio.

Estrechamente unida á uno de los períodos más fecundos y notables de nuestra historia contemporánea la vida del General Comonfort, sería una temeridad que pretendiésemos, al trazar estos apuntamientos biográficos, entrar al estudio de los sucesos políticos en que tomó él tan activa participación. Aquellos sucesos cambiaron, puede decirse, el modo de sér de nuestra sociedad, iniciando la desaparicion del antiguo régimen, y abriendo paso á las libertades públicas, á la reforma y á todos los demas principios consignados en la Carta fundamental de la República, y en las leyes posteriores que le sirven de complemento. No es, por lo mismo, al biógrafo, sino al historiador, á

quien corresponde llevar á cabo tan árdua empresa. Nosotros vamos á decir, con la posible concision, cuáles son los servicios prestados á la patria por el valiente é infortunado General D. Ignacio Comonfort; personaje simpático de quien ni sus mismos enemigos se atreven á manchar la memoria; cuyas buenas cualidades reconocen todos.

Nació D. Ignacio Comonfort en la ciudad de Puebla, el dia 12 de Marzo de 1812, hijo del teniente coronel D. Mariano Comonfort y de la Sra. D^a María Guadalupe de los Rios.

En 1826 comenzó sus estudios en el Colegio Carolino de Puebla; mas no pudo terminar carrera literaria alguna, á causa de que la muerte de su padre le obligó á dedicarse á ocupaciones áridas y penosas, en servicio de su familia.

Comenzó su vida pública en 1832, tomando parte en la revolucion acaudillada por el General Santa-Anna contra el Gobierno de Bustamante; hallándose y distinguiéndose en las acciones de San Agustin del Palmar y toma de Puebla, en el sitio de México y otras muchas, con el grado de capitán de caballería. Terminada la revolucion, fué nombrado comandante militar del Distrito de Izúcar de Matamoros, que desempeñó hasta 1834 en que el triunfo del partido contrario le obligó á retirarse al seno de su familia. Allí permaneció cuatro años, hasta que se le confirió el empleo de prefecto y comandante militar de Tlapa, Distrito en el cual llevó á cabo muchas mejoras.

Electo diputado al Congreso de la Union en 1842, vino á México á llenar sus funciones; pero disuelto aquel cuerpo por Santa-Anna, Comonfort regresó á Tlapa.

En 1846 volvió á ser electo diputado. Muy poco duró en el encargo, porque la Cámara fué disuelta por Paredes. Entónces tomó parte en la revolucion de aquel mismo año.

En la guerra contra los americanos se condujo con denuedo, y fué miembro del Congreso reunido en Querétaro, en cuya ciudad permaneció hasta la desocupacion del territorio nacional. Verificada ésta, fué electo senador, cargo que sirvió hasta 1851. En el siguiente fué electo diputado.

Nombróle el Gobierno en 1853 administrador de la aduana